

MONOGRÁFICA

«LA ISLA DE LA PALMA Y LOS VOLCANES»

Coordinadores:

Antonio Lorenzo Tena, Manuel Poggio Capote,
Daniel Hernández Rodríguez y Miguel Ángel Morcuende Hurtado

La erupción del volcán Tajogaite en 2021 ha sido la fehaciente constatación de que La Palma se encuentra en pleno proceso de formación, con todas las connotaciones propias de un permanente estado de riesgo e incertidumbre, y la conciencia en la necesidad de asumir una situación que transita entre el impacto y la normalidad. La dorsal de Cumbre Vieja es activa como se pone en evidencia en virtud de las erupciones aparecidas en la serie histórica desde el siglo XV, y en las que se han producido en algo más de setenta años, con lo que son muchas las personas que han podido presenciar los últimos tres fenómenos, sin excluir futuros episodios que habrán de sobrevenir durante los próximos años o décadas, tan poco deseados como más que probables. La naturaleza volcánica forma parte de la propia esencia canaria, más si cabe, de la isla de La Palma por su juventud geológica. Cada nuevo episodio es un nuevo reto que es preciso superar, con la carga histórica, psicológica y sociológica del pasado que deja su invisible huella; un duelo inevitable, tantas veces sufrido, ante la desaparición de pequeños microcosmos donde se ha desarrollado la vida cotidiana. La caída del campanario de la iglesia de Todoque entre el humo y el inmenso mar de lava fue una especie de símbolo de la resistencia que se negaba a claudicar ante lo inevitable. Viviendas, propiedades, negocios, escuelas, vecindades entrañables o recuerdos de toda una existencia fueron engullidos de manera lenta, pero inexorable con estupor e impotencia. Se podría afirmar que la resiliencia forma parte de la idiosincrasia palmera, por ello repetidas veces la isla se ha levantado estoicamente tras numerosos reveses a lo largo de la historia, como sequías, hambrunas, epidemias, ataques piráticos y también erupciones. El carácter acaso se haya tornado melancólico, incluso diríase que escéptico, pero recio a la vez, lo cual explica su ímproba capacidad de sacrificio a la hora de afrontar la aparición de nuevos volcanes, con su compleja problemática asociada.

Desde la perspectiva geológica los volcanes son prácticamente similares en su origen, ajenos al factor humano que sufre sus inclemencias y desventuras. Tampoco la mano del hombre en su reconocida insuficiencia puede hacer demasiado al respecto. Desde el punto de vista científico han mejorado los equipamientos que se han dotado de los instrumentos técnicos de precisión requeridos para detectar, en lo posible, el anticipo de un inminente y amenazante volcán. Los servicios de emergencia, cada vez más cualificados, han

mejorado actuaciones en el pasado, siempre voluntariosas, pero a veces improvisadas debido a su extrema premura y carencia de medios, a la hora de mitigar posibles efectos catastróficos, incluyendo eventuales evacuaciones de mayor o menor amplitud. Planificaciones que sin duda habrán de adecuarse a imponderables de cara al futuro pues la experiencia siempre es un grado estimable. De la población residente queda el hecho de asumir que se habita en una zona propensa a la aparición a las erupciones, por lo que habría que sopesar los pros y los contras de esta tesitura, sin olvidarse de posibles actuaciones urbanísticas de cara al planeamiento habitacional. Se puede tener la sensación de que existe un antes y un después del volcán; es la certidumbre de que las heridas no han sido del todo restañadas; pero tras la desolación y el abatimiento la vida bulle nuevamente sobre el subsuelo y habrán nuevas crisis que traerán a la memoria las vicisitudes y cuitas del pasado. Serán nuevos desafíos que habrán de ser afrontados con paciencia y serenidad, sin caer en una excesiva autocomplacencia o en el victimismo pasivo.

Tras el episodio del Teneguía en 1971, y dada la evolución eruptiva seguida (localizados más hacia el sur y próximos al mar) no se presumía un volcán como el Tajogaite, con unas consecuencias más largas y dañinas, por acontecer en zonas de viviendas e infraestructuras y por afectar a sectores estratégicamente tan importantes como la agricultura, la ganadería, la hostelería, el comercio o el turismo. Todo ello deja claro que la naturaleza dispone de su propio tiempo, que es demasiado caprichosa e imprevisible, lo que requiere redoblar la vigilancia y la cautela. Si aquel volcán de San Juan de 1949 podría considerarse como una erupción en blanco y negro, cuyas imágenes eran conocidas de manera incipiente a partir de los reportajes emitidos en el NO-DO, nada que ver con el fenómeno de 2021, conocido mundialmente en virtud de un despliegue técnico sin parangón en los medios de comunicación social internacionales. Grandeza y miseria conviven a la par, pues no olvidemos que toda la destrucción causada a tantas personas encierra en sí mismo un espectáculo único que conecta al ser humano con lo más ancestral y primitivo, siendo a la vez una oportunidad para el desarrollo científico de primer nivel. Son dos caras de una misma moneda que convierte un fenómeno volcánico en un recurso turístico global.

La Real Sociedad Cosmológica, como institución de ámbito insular, con proyección y vocación universalista, es sensible a los intereses y preocupaciones suscitadas tras el acontecimiento de la nueva erupción, motivo por el que parece oportuno el presente dossier en el que desde varias perspectivas se recogen diversos trabajos relativos a esta temática que habrán de constituir un corpus que incremente la creación y fortalecimiento de una cultura del volcanismo tan necesaria. Es crucial conocer la naturaleza del terreno en el que se desenvuelve la sociedad palmera, valorando sus numerosas excelencias

pero, asimismo, reconociendo con serenidad y resignación los evidentes peligros que nos acechan. Asumiendo un manifiesto desequilibrio entre la fragilidad de la condición humana y el inconmensurable poder de la naturaleza ante la que se ha de transigir, solo queda en nuestra mano, desde la indefensión y la humildad, reducir los riesgos personales, económicos y patrimoniales. Es un reto, de cara al futuro, encajar un puzzle nada sencillo en que habrán de conjugarse los intereses habitacionales, científicos y turísticos.

La creación del Centro Nacional de Vulcanología por parte del Gobierno de España y su posible ubicación en La Palma se presenta como una oportunidad única. La utilidad de contar con un recurso científico de esta envergadura se revela como fundamental para un modelo de desarrollo sostenible en un territorio que, además, cada década pierde población y pulso económico. Es indudable que la instalación de un instituto de estas características en una de las islas centrales se convertiría en equipamiento más; es decir, una entre tantas. En cambio, su localización en La Palma resultaría un elemento clave para su crecimiento futuro. En este sentido, cabe destacar que, en fecha reciente, el relieve volcánico de La Palma ha sido escogido como uno de los «cien lugares del patrimonio geológico mundial», calificado de esta manera por la prestigiosa Unión Internacional de Ciencias Geológicas (IUGS). En España únicamente otros dos sitios han sido designados bajo esta distinción: el paisaje de Zumaya (Guipúzcoa) y las minas de Almadén (Ciudad Real).

El monográfico que se ha logrado reunir se compone de una quincena de artículos que se presentan ordenados de manera cronológica según las erupciones históricas que se han sucedido en la isla; desde la más reciente hasta las más antiguas. En una primera agrupación se han reunido las aportaciones relacionadas con el volcán de 2021. El primero de estos trabajos, «La erupción del volcán de Tajogaite (La Palma, islas Canarias)», lo firma la profesora de la Universidad de La Laguna M. Candelaria Martín Luis. A continuación los biólogos Rafael García Becerra y Félix Manuel Medina suscriben el trabajo «El aviso del volcán Tajogaite». En tercer lugar, de nuevo García Becerra, ahora en colaboración con el profesor de la Universidad de La Laguna Pedro Oromí Masoliver, aportan el artículo titulado «Colonización de las lavas por la fauna invertebrada». Siguen los trabajos de Enrique Hernández Torrego, «Rayos, estampidos u ondas sónicas de choque y llamas azules en la columna y el cono de la erupción de 2021 de la isla de La Palma, Canarias»; M.^a José Blanco Sánchez, Carmen del Fresno Rodríguez-Portugal, Alicia Felpeto Rielo, Carmen López Moreno y Stavros Meletlidis, «La erupción en La Palma en 2021 y el Instituto Geográfico Nacional»; Nieves Sánchez, Juana Vegas, Juan Carlos García e Inés Galindo, «Asesoramiento científico en la emergencia y en la recuperación post-desastre en la erupción volcánica de 2021 en La Palma (IGME-CSIC)»; Miguel Ángel Morcuende Hurtado, «La

gestión del volcán Tajogaite / Cabeza de Vaca (Cumbre Vieja, La Palma, 2021)»; y Víctor Melo López, José M. Marrero, Sharon Backhouse y Ben Ireland, «El proceso de comunicación e información durante la erupción de La Palma: errores, aprendizajes y propuestas de mejora». En una segunda serie se aborda una aproximación a las erupciones más antiguas de Cumbre Vieja. En este ámbito, se han contado con las colaboraciones de María Victoria Hernández Pérez, «Los últimos volcanes de La Palma y sus consecuencias materiales»; Luis Regueira Benítez, «El volcán de San Juan de 1949 y el mapa miliar de La Palma de 1950»; Juan Tous Meliá, «La erupción de La Palma de 1677 a través de la cartografía»; Antonio Henríquez Jiménez, «El bachiller Pedro Hernández, testigo de la erupción del volcán de Tehuya (1585)»; y, por último, Manuel Poggio Capote y Antonio Lorenzo Tena con el artículo que lleva por rótulo «Notas sociohistóricas de los volcanes de La Palma».

Desde la Real Sociedad Cosmológica únicamente resta dejar constancia de esta serie de aspectos vulcanológicos que atañen a La Palma y, a la vez, ofrecer las páginas de este anuario para la discusión académica sobre esta o cualquier otra cuestión relacionadas con la realidad insular.

ANTONIO LORENZO TENA
MANUEL POGGIO CAPOTE
DANIEL HERNÁNDEZ RODRÍGUEZ
y MIGUEL ÁNGEL MORCUENDE HURTADO